Agatha Mistery

Primera edición: febrero de 2013

Título original italiano: *Intrigo a Hollywood*

Textos: Sir Steve Stevenson
Editing: Mario Pasqualotto
Cubierta original e ilustraciones: Stefano Turconi
Adaptación del diseño y maquetación: Emma Camacho

Edición: David Sánchez Vaqué
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

Proyecto editorial de Atlantyca Dreamfarm s.r.l., via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia
© 2012 Istituto Geografico De Agostini, S.p.S., Novara, por la edición italiana
© 2013 Andrés Prieto Fernández, por la traducción
© 2013 La Galera, SAU Editorial, por la edición en lengua castellana

Derechos internacionales © Atlantyca S.p.A, via Leopardi, 8 - 20123 Milán, Italia. foreignrights@atlantyca.it, www.atlantyca.com

La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95
08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com
lagalera@grec.com

Impreso en Limpergraf. Mogoda, 29-31 Pol. Ind. Can Salvatella.
08210 Barberà del Vallès

Depósito legal: B-30.493-2012
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4553-3

Cualquier tipo de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta al CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que autorice la fotocopia o el escaneo de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

Sir Steve Stevenson

Intriga en Hollywood

Ilustraciones de
Stefano Turconi

Traducción de Andrés Prieto

laGalera50

Novena misión

Participantes

Agatha
Doce años, aspirante a escritora de novela negra, tiene una memoria formidable.

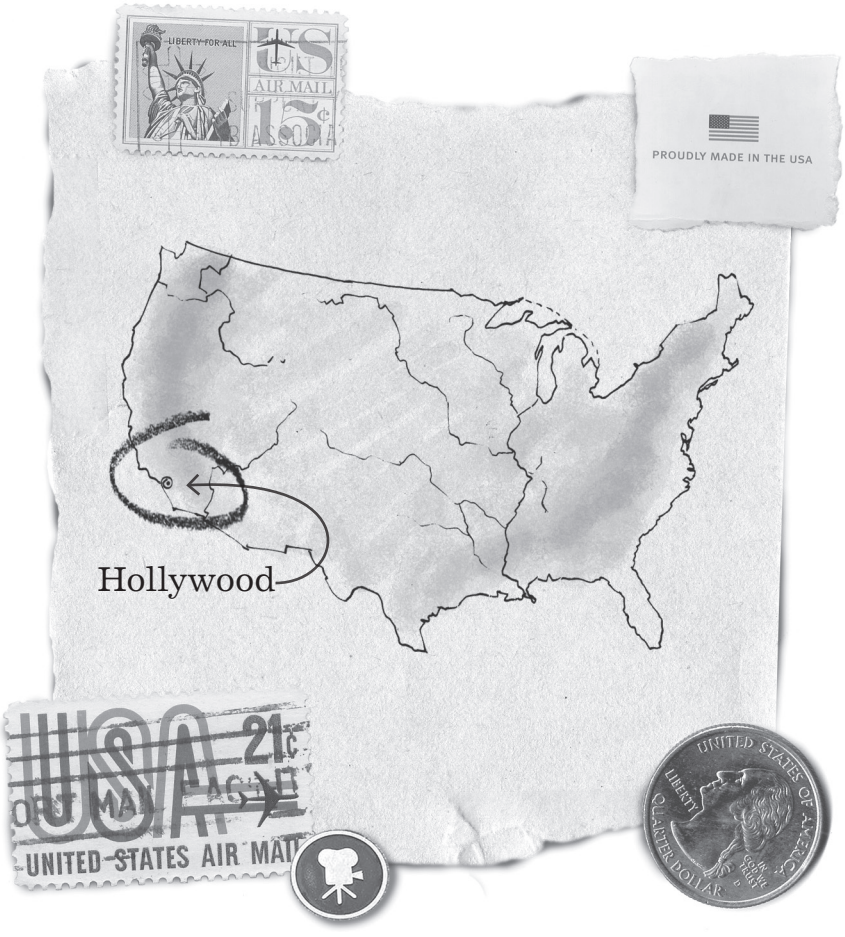
Larry
Chapucero estudiante de la prestigiosa escuela para detectives Eye.

Mister Kent
Ex boxeador y mayordomo con un impecable estilo británico.

Watson
Pestilente gato siberiano con el olfato de un perro conejero.

Tío Bud
Campeón de automovilismo retirado, se divierte trabajando como doble en películas de Hollywood.

Destino:
Hollywood – Estados Unidos



Objetivo

Descubrir, entre platós de cine y ambientes hollywoodienses, la identidad del saboteador del rodaje de la película *Error fatal*.

Dedicado al género negro, en forma
de libros, películas y ambientes

Gracias a Gianfranco Calvitti por la información sobre la historia de Hollywood y los valiosos consejos para construir una trama de estilo policíaco. Y un abrazo a Frida, que de vez en cuando ve que desaparezco durante días, inmerso en mis historias.

Empieza la investigación

Larry Mistery había tenido una semana realmente agotadora. Mientras sus amigos se divertían en los parques de Londres disfrutando del fresco de junio, él no había empezado aún sus vacaciones de verano. De hecho, puede que aquel año ni siquiera llegaran a comenzar. Desde que se había matriculado en la famosa escuela para detectives Eye International, lo enviaban sin descanso a los cuatro rincones del mundo para llevar a cabo investigaciones bastante peligrosas.

Esta vez, sin embargo, el cansancio no se debía a ninguna misión. Flaco, noctámbulo y alérgico al esfuerzo, Larry, sencillamente, se había tomado

demasiado a la ligera la decisión de realizar el curso de artes marciales de la escuela.

Aquella mañana de sábado notaba sus músculos y huesos completamente molidos. Se levantó del sofá arrastrando los pies, devoró tres creps de chocolate y, con su mochila a la espalda, salió del ático del décimo quinto piso del Baker Palace. Acababan de dar las ocho y la ciudad se despertaba perezosamente. El chico cogió el metro y, después de un corto trayecto, llegó a su destino secreto. Estaba en pleno centro, disimulado entre edificios de ladrillos.

Llamó a una puerta de madera decorada con unos extraños ideogramas orientales. Lo recibió un viejecito japonés: tenía el pelo blanco, un largo bigote e iba vestido con un sayo de monje.

—Buenos días, Ardilla Holgazana —lo saludó con una sonrisa el *sensei* Miyazaki—. ¿Estás preparado para el entrenamiento?

Sin decir palabra, Larry atravesó el jardín zen y llegó a la pagoda de madera, resoplando.

¿Ardilla Holgazana? ¿Qué clase de apodo era aquel? Por no hablar de las sibilinas metáforas que usaba el maestro para explicar los fundamentos de las artes marciales. Larry siempre había soñado con golpear tan rápido como Bruce Lee, lanzar puñetazos con la clase de James Bond y realizar movimientos acrobáticos como los héroes virtuales de *Matrix*. Sin embargo, en aquella semana de entrenamientos no había aprendido nada de eso.

Mientras el *sensei* Miyazaki lo aguardaba con los brazos cruzados bajo la pérgola, Larry sacó su quimono blanco de la mochila, se lo puso sin prisas y caminó descalzo hasta una gran piedra que había en el centro del jardín.

—¿Podemos empezar, maestro... eeeh, *sensei*? —refunfuñó—. Lo mismo de siempre, ¿no? Tengo que... ¿liberar mi mente de ideas negativas?

—Los nubarrones siempre acaban trayendo

tormentas —confirmó, serio, el viejo monje. Luego, puso las palmas de las manos hacia arriba en el aire, cerró los párpados y levantó la barbilla—. Ahora respira... Respira... —dijo.

—¿Hasta cuándo tendré que... eeeh... respirar? —preguntó Larry, inspirando profundamente y cogiendo mucho oxígeno.

—Hasta que tu cielo se serene, Ardilla Holgazana —le replicó el maestro, antes de dar media vuelta y desaparecer en el interior de la pagoda.

El joven detective pasó las siguientes horas sentado sobre la piedra, en la absoluta inmovilidad de la posición del loto. La meditación zen no estaba hecha para él: en vez de tranquilizarlo, le corrían mil preguntas por la cabeza. ¿Era tal vez el *sensei* Miyazaki un agente de la Eye International? Y si lo era, ¿por qué no le enseñaba a luchar, a defenderse y a dar patadas voladoras? Y, sobre todo, algo aún más importante: ¿a qué hora se comía allí?

Se dio cuenta de que se había que quedado dormido cuando, hacia las doce, se despertó al oír unos dedos que chasqueaban a su lado.

—¡Aaah! —saltó—. ¿Qué pasa?

Delante de él, el viejo monje mordía una galleta con toda la tranquilidad del mundo.

—Ha llegado la hora de la primera prueba del día —anunció—. El nombre de esta antigua técnica es la Torsión de la Anguila.

—¿Cómo? ¿Qué? —protestó Larry levantándose de golpe—. ¿No hay un descanso para comer?

El bigote del *sensei* Miyazaki vibró desilusionado.

—Esto no es un restaurante, Ardilla Holgazana —afirmó, inflexible—. Vienes aquí a aprender... ñam, ñam... no a atiborrarte de comida.

Larry notó un sonido cavernoso en la barriga, pero decidió hacer caso al maestro. Si quería salir de allí lo antes posible, la única manera era hacer lo que le decía. Sin embargo, cuando dobló la

esquina de la pagoda, se quedó de piedra. En la explanada había una selva de cuerdas sujetas a unos robustos palos de bambú, tensadas a diversas alturas y atadas las unas a las otras muy cerca.

—¿Y esto qué es? —preguntó, alarmado.

Los labios del maestro Miyazaki se estiraron y formaron una astuta sonrisita.

—Para librarte de tus adversarios, debes deslizarte como una anguila —contestó con el índice levantado—. Completa el recorrido hasta el otro lado, sin tocar ninguna cuerda... ¡si puedes!

Larry chasqueó los dedos con decisión. Quería demostrar su valor superando la prueba sin ningún problema. Encaró la primera cuerda agachando la cabeza con rapidez, después usó su pie para superar la segunda y, tras lograrlo, echó los hombros hacia atrás y pasó por debajo del tercer obstáculo.

—¡Un juego de niños! —exclamó, fanfarrón, saltando el siguiente.

En su interior estaba eufórico, pero entonces

oyó un sonido muy fuerte que provenía de su mochila, abandonada quién sabía dónde. En uno de los bolsillos guardaba el valioso dispositivo multifunción de la escuela: el fantasmagórico artefacto de alta tecnología más conocido como EyeNet.

Aquellos incesantes silbidos solo podían significar una cosa: ¡le habían asignado una nueva misión!

Al pensar esto, Larry se distrajo y tropezó con una de las cuerdas. Salió disparado a ras de suelo unos cuantos metros, y después quedó colgado con la cara contra la hierba. Tenía tierra en la boca, pero ni siquiera había dicho ¡ay!

—¿Te has hecho daño, Ardilla Holgazana? —preguntó, preocupado, el maestro Miyazaki.

Larry, como pudo, sacó una mano de aquel embrollo de nudos y lazos.

—*Sensei*, ¿me puede pasar el móvil, por favor? —exclamó el joven. Al notar que el monje dudaba,

murmuró—: ¡Es una cuestión de extrema importancia, por las barbas de la reina!

Cuando finalmente tuvo el artefacto en sus manos, Larry leyó el mensaje de la pantalla y se le pusieron los ojos como platos. Sin darse cuenta, hizo una rapidísima pirueta y consiguió liberarse en un instante de la trampa de las cuerdas.

—Ho... Hollywood —balbuceó pasándose una mano por el pelo—. ¿Se han vuelto locos?

Maravillado por el valor con el que su joven alumno se había liberado de la trampa, el *sensei* Miyazaki se quedó observándolo sin decir palabra, mientras el joven se dirigía como un relámpago a la salida. Le hubiera gustado felicitarlo, pero ya había desaparecido por las calles de Londres.

Naturalmente, Larry corría en dirección a la casa de su genial primita Agatha Mistery para pedirle su valiosa ayuda.